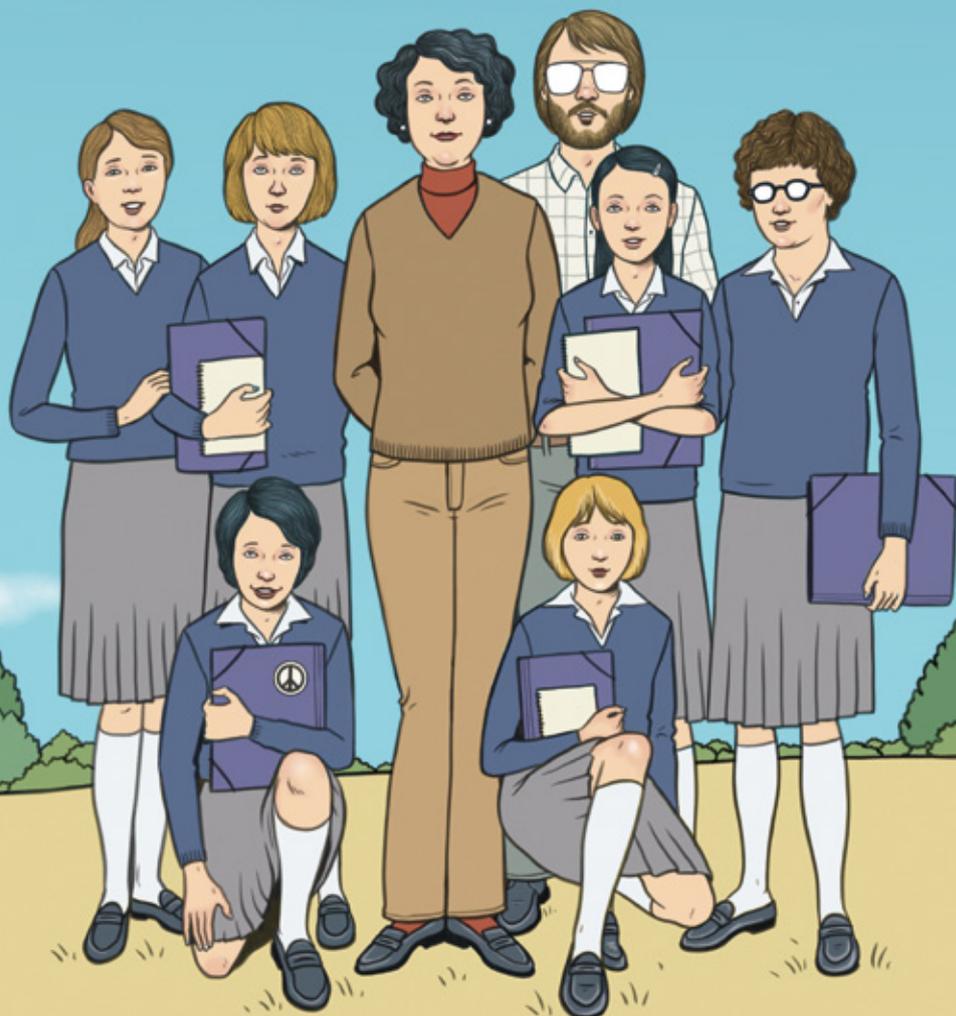


Las chicas de la 305

Ana Alcolea



ANAYA

1.ª edición: febrero 2022

© Del texto: Ana Alcolea, 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: David Sánchez, 2022

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-9115-5
Depósito legal: M-374-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A todas las chicas que pasaron por
la Universidad Laboral de Zaragoza.*

*A Carmen Alcalde, mi tutora,
mi maestra, mi amiga.*

1

Hortensia ha decidido no bajar a desayunar. Prefiere hacerlo sola, en su habitación. No le apetece coincidir con desconocidos en el comedor del hotel. Antes le gustaba imaginar las vidas de los demás mientras comía invariablemente pan con salmón ahumado, huevos revueltos, crepes con chocolate caliente por encima y tostadas con queso azul y miel. Todo ello con un capuchino templado. Mientras se lo llevaba a la boca, observaba a la pareja de orientales de la mesa de al lado (siempre hay una pareja de orientales en cualquier hotel a la hora del desayuno), y pensaba, por sus miradas aún tímidas, que estaban de viaje de novios recorriendo Europa: un día en cada país, jornadas agotadoras, y un hondo y profundo aburrimiento. Otras veces su atención se centraba en los grupos de pensionistas del Imsero que desayunaban como si no hubiera un mañana y como si quisieran compensar el hambre que habían pasado durante su infancia de posguerra y necesidad. De vez en cuando se fijaba en los hombres trajeados que desayunaban delante del ordenador para creerse que todos sus esfuerzos, todas sus horas robadas al sueño, y un trabajo que consistía en intentar vender lavadoras en las islas Caimán o en Groenlandia, valían la pena.

Pero hoy no tiene ninguna gana de compartir su tiempo ni su espacio de desayuno con nadie más que con ella misma. Ha vuelto a la ciudad en la que vivió dos años, después de más de cuatro décadas sin regresar. Nunca entonces durmió en ningún hotel y se le hace muy raro asomarse por la ventana y ver la calle en la que paraba el autobús que la llevaba al centro desde el internado donde vivía. Anoche le dieron una habitación en el tercer piso. Cuando el recepcionista le entregó la llave y vio el número, sonrió. También su habitación del internado estaba en el tercer piso, y también era la 305. Solo que entonces no estaba sola. Compartía el cuarto con cinco chicas más a las que va a ver hoy después de décadas. Seis literas, seis sillas, seis taquillas y una mesa. Las duchas y los baños en el pasillo, a la entrada y al fondo. Turnos organizados para la ducha una o dos veces por semana, carreras por las mañanas para usar el váter antes de bajar al comedor.

Alguien golpea la puerta. Es la camarera que le trae la bandeja del desayuno.

—Buenos días. ¿Ha dormido bien?

—No. Apenas he dormido.

—Vaya, lo siento. Espero que disfrute del desayuno y de la estancia en la ciudad.

Hortensia da una rápida ojeada a la bandeja.

—Seguro que disfruto del desayuno. Muchas gracias.

Cierra la puerta tras la camarera y se sienta en el sillón. Piensa que cuando una no baja al comedor, su desayuno sale perdiendo. Dos aburridos bollitos, dos minúsculas tarri-

nas de mermelada, una de fresa, la otra de melocotón, mantequilla. Dos tostadas, un plato de jamón cocido y otro de queso. Unas uvas negras, un zumo de naranja natural y una taza con un capuchino doble.

A Hortensia le gusta desayunar mucho. Es su manera de empezar bien el día. Tranquila, con el móvil apagado. Sin televisión. Sin radio. Sin nada del mundo exterior que entre dentro de ella. Solo la comida. Y el capuchino, esa taza caliente que mezcla lo amargo del café con la aparente amabilidad de la crema de leche. Antes se ponía azúcar. Ahora no. Hace años que prefiere tomar las amarguras como vienen, sin endulzarlas más de lo debido. Así en las tazas como en la vida.

2

Después de desayunar mira el teléfono. Treinta y dos watsaps del grupo del internado. Todos repiten la misma cantinela: las ganas que tienen de volverse a encontrar, las historias que se van a contar para ponerse al día, lo mucho que han pensado las unas en las otras durante todos estos años, que la una le puso a su hija el mismo nombre que su compañera de la litera de arriba, que la otra siguió escuchando durante años el mismo disco con la canción que una de ellas cantaba una y otra vez, y que va a ser maravilloso volverse a ver.

—Pamplinas —piensa Hortensia en voz alta, mientras deja el móvil sobre la cama, antes de entrar en el cuarto de baño a lavarse los dientes y a maquillarse—. Hay que ver todas las mentiras que se pueden escribir en una conversación de wasap con total impunidad.

Se lava los dientes durante varios minutos como le enseñó su padre, y abre el neceser. Saca la crema de día de La Prairie, que le ha costado una fortuna. La dependienta de la perfumería le ha asegurado que es la mejor para corregir las arrugas, las manchas que le han salido en las comisuras de los labios y las patas de gallo. Nunca había comprado

una crema tan cara, ni siquiera cuando estuvo en China y compró una que llevaba polvos de oro.

Se aplica la crema delante del espejo. Luego el maquillaje, la misma base de Lancôme que lleva usando desde hace milenios. Después la sombra gris en los párpados y por fin la máscara de pestañas.

«Antes la llamábamos "rimmel", así, con dos emes. Alargábamos la "m" y nos parecía que éramos tan francesas como la revolución», piensa.

Contempla el resultado en el espejo. No está tan mal para la edad que tiene, piensa. Espera que a las demás se les note el paso del tiempo más que a ella. Lo espera y lo desea. Nunca fue la más guapa del grupo, más bien todo lo contrario. Vivió parte de su adolescencia escondida tras unas gafas de pasta marrón con los cristales de culo de vaso. Y siempre llevaba el flequillo a mordiscos y trasquilones en el resto del pelo, que le cortaba su madre cada vez que volvía a casa en las vacaciones. El tiempo moldeó su cuerpo, las peluqueras hicieron bien su trabajo, y un cirujano le quitó de un soplo las doce dioptrías que convertían todo lo que miraba en un cuadro impresionista: imágenes sin contornos, y las luces de las farolas y de las lámparas desparramadas en el aire como huevos rotos en una sartén.

Pero aquella chica de las gafas feas ya no está en ninguna parte, ni siquiera al otro lado del espejo en el que se mira por primera vez.

Vuelve a la habitación para sacar el lápiz de labios del bolso. Es nuevo, de Chanel, lo compró el día anterior en la

misma perfumería en la que le vendieron la crema cara, cerca de la estación. Regresa ante el espejo para pintarse los labios. Le gusta lo que ve. Es un color amable, nada agresivo, de los que provocan un efecto carnosos. No le gustan los rojos fuertes, ni los rosas nacarados. Mira el número, el 174. Nunca se acuerda de los números de los colores de los carmines. Tampoco de los nombres. De este sabe que se acordará. Se llama Rouge Angélique.

Angélique, Angélica.

Ella.

3

Angélica había llegado a la Universidad Laboral para trabajar de tutora en el internado. No era aquel su primer trabajo. Había ejercido de maestra en una escuela de niñas durante dos años. Antes de hacerse maestra, había trabajado en la fábrica de conservas, enfrente de la bahía, como la mayoría de las jóvenes de su pueblo. Llovía la mayoría de los días y el aire estaba casi siempre gris. O negro. Sobre todo, cuando salía aquel humo asqueroso y maloliente de la fábrica de harina de pescado que había al lado de su casa. Un humo que cubría con un polvo plomizo todo lo que alcanzaba: los paraguas, las sábanas tendidas, el pelo y los pulmones.

Muchas mañanas solo oía la lluvia, las sirenas de los barcos que entraban en el puerto, el ruido de sus albarcas de madera sobre el pavimento y las olas del mar. A veces, cuando iba con tiempo y no llovía, se paraba unos minutos a contemplar la luz lejana del amanecer sobre los montes. Sabía que al otro lado de las marismas había otro mundo, pero no sabía si podría alcanzarlo algún día. Le habían enseñado pronto que era la

propia vida, regida siempre por la voluntad de Dios, la que trazaba los caminos de las personas. Especialmente de las mujeres como ella, pobres y marcadas por haber tenido un padre muerto en la guerra en el bando equivocado.

Cuando llegaba a la fábrica, la esperaba siempre la misma rutina. La bata azul encima de la ropa, el gorro, y la inspección de las manos por parte de la encargada. Las uñas sin pintar y sin restos de comida, ni de cera de las orejas, ni de nada que pudiera ir a parar a las anchoas que tenían que limpiar, una a una. Primero quitarles las cabezas, luego las tripas y la espina central. Luego había que sobar la piel para que no quedara ni una escama antes de meterlas en salmuera, donde estarían varias semanas antes de pasar a las latas. Unas latas que viajarían por todo el país para acabar en las tiendas de ultramarinos regentadas por señores que vestían una bata gris, tan gris como el cielo que aplastaba cada mañana los pocos deseos de Angélica. Y como el olor a pescado que no podía quitarse en todo el día, en toda la semana, por mucho que lo intentara. El olor de las anchoas penetraba por las manos, y se extendía por todo su cuerpo. Le dolían los dedos por la humedad constante: todas las horas que estaba en la fábrica tenía las manos mojadas. Ella y todas las demás. El agua, siempre fría, provocaba que la piel se amoratara y que a los dedos les costara moverse con la agilidad que necesitaban para limpiar las anchoas.

—Algún día me iré de aquí y no volveré —le dijo un lunes a una de sus compañeras, una mujer de la edad de su madre.

—Eso decimos todas a tus años.

—Pero yo lo haré.

—Tú harás igual que las demás: te casarás, tendrás hijos y volverás a la fábrica cuando tus hijos tengan la edad que tienes tú ahora, trabajen, se casen y te hagan abuela. Y así será sucesivamente mientras la tierra siga girando. Porque dicen que la tierra gira. Yo no lo sé, pero si lo dicen, así será —afirmaba la mujer en voz baja, para que no la oyeran las demás, y para que la encargada no la riñera.

A la encargada no le gustaba que las mujeres se distrajeran en conversaciones impertinentes. Especialmente Angélica y su compañera Lucrecia; aunque el padre de Angélica había caído antes de que ella naciera, toda su familia estaba teñida con la pátina del pecaminoso republicanism. Al marido de Lucrecia le habían dado el paseo porque su barco había ayudado a tres anarquistas a huir a Francia, y a ella le habían rapado el pelo al acabar la guerra.

No obstante, aquello no fue obstáculo para que un día la encargada llamara aparte a la joven.

—El amo quiere hablar contigo.

—¿El amo?

—Sí.

—¿Y para qué?

—Eso no lo sé.

—No he hecho nada malo.

—Ve a su oficina y ya te dirá él lo que sea. Yo no sé nada.

Angélica nunca había estado en la oficina del jefe. Tampoco sabía si debía quitarse el gorro y la bata para estar ante él, que siempre iba vestido pulcramente con corbata, zapatos relucientes y camisas recién planchadas por las criadas de su casa.

Llamó con los nudillos y entró tras la orden del hombre.

4

El despacho era como debían de ser los oasis de los que hablaban las novelas que leía la muchacha de vez en cuando. Un rincón lleno de grandes libros encuadernados en piel. Las paredes cubiertas de antiguos carteles de publicidad de las conservas y de viejas fotos.

El jefe se levantó de su asiento para evitar invitarla a sentarse. No quería que el olor que emanaba de la chica impregnara ninguna de las sillas. En realidad, pensó que habría sido mejor haberla citado en la puerta y no haberle pedido que entrara, pero ya no había remedio, así que fue al grano.

—Te preguntarás por qué te he pedido que vinieras.

—Sí, señor.

—La Sección Femenina está buscando chicas listas para que se conviertan en maestras y eduquen bien a nuestras niñas. Conocí a tu padre antes de la guerra.

—Sí, señor. Mi madre me recuerda cada día lo generoso que es usted al tenerme aquí en la fábrica.

—Sé que eres una chica lista. Como tu padre. Aunque luego se equivocara dramáticamente.

Angélica no contestó. Solo bajó la mirada a la punta de los zapatos del señor, de charol brillante, tan diferente a las albarcas mojadas de ella, cuya humedad enfriaba sus pies casi tanto como hacía el agua con sus manos.

—Creo que podrías ser una buena maestra.

—¿Y dejar la fábrica?

—En la fábrica puede trabajar cualquier chica del pueblo. Pero no todas pueden ejercer la noble tarea del magisterio. Mañana a las tres de la tarde pasará un coche a recogerte a la puerta de tu casa. Te llevará a un colegio de Santander donde estudiarás lo que te manden. Lleva una maleta con ropa y con tus enseres.

—Pero, mi madre, yo..., no sé...

—Ya está todo hablado con tu madre. Le parece bien mi propuesta. Enséñame tus manos, niña.

Angélica extendió sus manos, que el hombre tocó levemente.

—Y piensa que no volverás a tener las manos frías, ni los pies mojados, ni tu piel volverá a oler a pescado.

La chica sintió vergüenza al pensar en su olor, un olor que casi nunca notaba, pero que sabía que estaba ahí, agazapado en cada poro, en cada uno de sus cabellos, en las uñas de las manos y hasta en las de los pies. Pensó que incluso su corazón debía estar impregnado del olor de aquellos peces plateados, que la miraban desde sus ojos redondos, abiertos, muertos, brillantes y sanguíneos cada vez que separaba sus cabezas del resto.

—Cuando termines hoy, la encargada te dará la paga que te corresponde. Y ahora ya puedes marcharte.

Al acercarse de nuevo a la puerta vio una de las fotos antiguas. Mostraba a una mujer muy elegante y a un hombre muy alto junto a un avión en la bahía. En la foto de abajo aparecía la misma pareja con más gente, entre ellos el hombre que tenía a su lado.

—Lindberg y su esposa.

—¿Lindberg, el aviador? ¿El primero que cruzó el Atlántico solo con un avión? ¿Aquí?

—Claro. ¿No te lo ha contado nunca tu madre?

—No.

—Amerizó de emergencia en la bahía porque se encontró con un banco de niebla mientras volaba desde Suiza a Lisboa. Durmió en mi casa. Tu padre no aparece en la fotografía, pero también estuvo presente. Fue en 1933, tres años antes de que empezara la guerra.

—Mamá dice que a mi padre le gustaban más los aviones que los barcos.

—Pero Dios quiso que muriera en el mar.

—Sí —afirma en voz muy baja Angélica, que sabe que el barco de su padre fue torpedeado por uno de los buques más importantes de la armada rebelde, el «Canarias».

—Era un buen hombre. Testarudo, pero buen hombre.

—Sí. Gracias, señor.

—Serás una buena maestra.

Ella no estaba tan segura. Los niños le parecían seres necesarios para que la humanidad siguiera existiendo; pero si no fuera por ese detalle, Angélica pensaba que serían completamente prescindibles. Seres pequeños que se dedicaban a comer, dormir y gritar. Y que cuando crecían un poco tiraban piedras, insultaban y molestaban a los ancianos con sus maldades. Hasta que por fin se convertían en personas, eran monstruos en absoluto interesantes, como animales con los que no se podía hablar, ni pasear por el monte, ni caminar junto a la orilla. Todo eso pensaba Angélica de los niños, aunque no se atrevía a compartir con nadie sus apreciaciones. Mucho menos con el dueño de la fábrica, que le brindaba por fin la oportunidad de salir de su pueblo y de cruzar los puentes al otro lado de las marismas.

Angélica salió de aquel despacho para no volver a poner sus pies en él.

Otros títulos publicados

Hasta (casi) 50 nombres

Daniel Nesquens

El radiofonista pirado

Chema Sánchez Alcón

¡Polizón a bordo!

Vicente Muñoz Puelles

El pintor de las neuronas

Vicente Muñoz Puelles

Días de Reyes Magos

Emilio Pascual

Historias de la otra tierra

Paloma Orozco

El viaje de la evolución

Vicente Muñoz Puelles

La guerra de Amaya

Vicente Muñoz Puelles

Hasta (casi) 100 bichos
Daniel Nesquens

La fábrica de betún
Vicente Muñoz Puelles

El clan de Atapuerca
Álvaro Bermejo

El faro de los acantilados
José Luis Martín Nogales

El clan de Atapuerca 2
Álvaro Bermejo

El puente de los cerezos
Blanca Álvarez

Manzur, o el ángel que tenía una sola ala
Mónica Rodríguez Suárez

El rayo azul
Vicente Muñoz Puelles

A la velocidad de la luz
Vicente Muñoz Puelles

Cuando el mundo era joven todavía
Jürg Schubiger

La escuela de Atenas

Rocío Rueda

El misterio del cisne
Vicente Muñoz Puelles

Todo es máscara

Rosa Huertas

Los niños de la viruela

María Solar

La amada inmortal
Vicente Muñoz Puelles

El corazón de Júpiter

Leticia Costas

La isla de los libros andantes

Vicente Muñoz Puelles

Nelson Mandela

Antonio Lozano

Mujeres de la cultura

Rosa Huertas

Leonardo da Vinci

Eliacer Cansino

Utopía
Ana Alonso

Miguel Delibes
Ramón García Domínguez

Dijo el ratón a la luna...
Antonio García Teijeiro

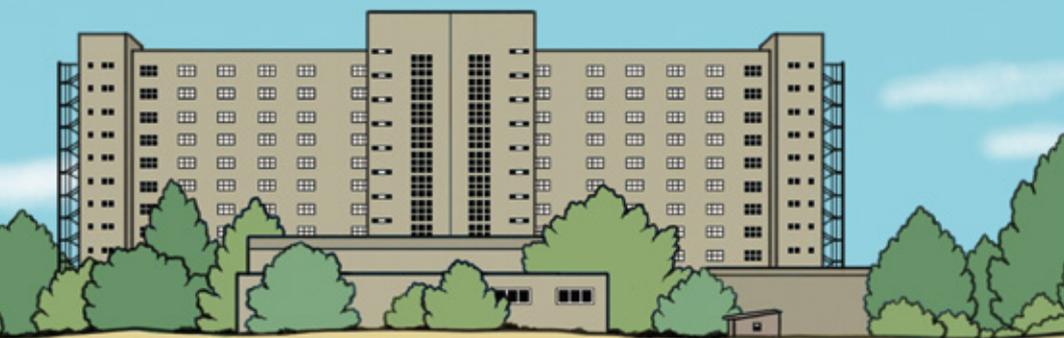
Verás caer una estrella
José Luis Martín Nogales

Viva la revolución
Rocío Rueda

Sherlock Holmes y yo
Vicente Muñoz Puelles

Al otro lado de la brújula
Fernando Marías y Rosa Masip

En 1968, seis chicas de clase obrera y campesina viven en un internado lejos de casa. Un internado que se convierte en una ventana abierta al mundo, y al viaje social y personal de cada una de ellas. El montaje de una obra teatral de William Shakespeare titulada *La tempestad* hará el resto. El contexto histórico (la posguerra y los últimos años de la dictadura, mayo del 68, los asesinatos en Estados Unidos de Martin Luther King y de Robert Kennedy, la guerra de Vietnam...) será mucho más que un telón de fondo en las vidas de las chicas de la 305.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-9115-5

1562545

